

neral imperialista D. Severo del Castillo, y despertándole inmediatamente, le dijo que los republicanos habian penetrado en la Cruz, y que procurase salvar al emperador, á quien acababa de comunicar la misma alarmante noticia por medio de una de las personas de su servicio. Serían entonces como las cuatro y media. La oscuridad era completa.

El primero que penetró en la habitacion de Maximiliano comunicándole lo que pasaba, fué su secretario D. José L. Blasio. Pocos momentos despues entró á comunicarle la misma noticia el teniente coronel don Agustin Pradillo, que era su oficial de órdenes, militar valiente y pundonoroso, muy adicto al emperador y justamente apreciado de éste. D. Agustin Pradillo, que habia ido á cerciorarse por sí mismo de lo que pasaba y vió ocupado el edificio de la Cruz y tomadas las ocho piezas de artillería que estaban en la plazuela, puso en conocimiento del soberano cuanto acababa de observar.

Convencido Maximiliano por las noticias que acababa de darle su leal oficial de órdenes D. Agustin Pradillo, de que era imposible oponer ninguna resistencia en la Cruz cuando hasta la altura estaba ocupada por las fuerzas republicanas, se decidió á salir á todo trance para dirigirse al Cerro de las Campanas. El príncipe de Salm Salm, á quien tambien había avisado Yablouski de lo que pasaba, diciendo que salvase al emperador, entró en la habitacion de éste, á donde había acudido igualmente el general D. Severo del Castillo.

1867. En aquellos instantes de inminente peligro,
Enero. Maximiliano, conservando una sangre fría

admirable, y una resolucion enérgica, tomó algunos papeles importantes, dió una de sus pistolas á D. Agustin Pradillo, empuñó él la otra, y acompañado de éste, del general Castillo, de D. José L. Blanco, y del príncipe de Salm Salm, salió de su habitacion, á la puerta de la cual dijo con heroica decision: «Salir de aquí ó morir es el único camino.»

Dichas estas palabras, atravesó el corredor, seguido de los cuatro individuos referidos.

Llevaba el emperador su uniforme de general de division, pero iba cubierto con un sobretodo que se puso para resguardarse del frío de la mañana: el sombrero era de anchas alas, bordadas de oro su parte inferior, llamado en el país *jarano*. El general D. Severo del Castillo, así como el príncipe de Salm Salm y D. Agustin Pradillo iban de riguroso uniforme.

Al bajar la escalera encontraron en ella un centinela republicano del batallon de *Supremos Poderes*, que, tomando á Maximiliano por uno de los jefes del ejército liberal, no sólo por el sombrero que llevaba, sinó tambien por el desenfado con que se acercaba, echó armas al hombro, dejándole pasar, correspondiendo el emperador á aquel saludo. Maximiliano y los que con él iban continuaron su marcha, y en el patio que atravesaban se hallaron con una compañía del mismo batallon de *Supremos Poderes*, algunos de cuyos soldados preguntaban por su coronel D. Pedro Yepez. Uno de ellos se dirigió á hacer la pregunta al emperador y los que le acompañaban, tomándolos por jefes republicanos: el teniente coronel D. Agustin Pradillo sin detener el paso y siguiendo al soberano, le contestó: «En

la huerta.» El que hizo la pregunta tomó la direccion en que se hallaba aquella, y el emperador continuó su **1867.** marcha con sus cuatro resueltos adictos. Fue-
Mayo. ra ya del patio y al salir á la plazuela, se encontraron con otra fuerza, tambien republicana, que custodiaba allí la artilleria. Maximiliano, amartillando su pistola, dijo á los suyos: «Adelante;» y siguió intrépido su marcha. A pocos pasos fueron alcanzados por algunos oficiales republicanos que les marcaron el alto; pero el emperador, resuelto á arrostrar todos los peligros ó perecer, lejos de intimidarse y retroceder, preparó su pistola, y repitió á sus cuatro adictos, la palabra «adelante.» En esos momentos se interpusieron algunos soldados republicanos al paso de los cinco, rodeándoles para que se detuvieran. D. Miguel Lopez, que se hallaba entre los oficiales que habian marcado el alto, se acercó á reconocer á los detenidos; y viendo que era el emperador, á quien tenia empeño en salvar, dijo en alta voz á los soldados: «Esos señores pueden pasar; son paisanos.» Los soldados obedecieron, aunque los que habian sido detenidos vestian traje militar, y Maximiliano, con sus cuatro leales servidores, continuó su marcha á paso acelerado (1).

(1) El teniente coronel D. Agustin Pradillo, en la refutacion hecha al manifiesto de D. Miguel Lopez por los jefes del ejército imperial prisioneros, dice, que el coronel republicano D. Pedro Rincon, fué el que se acercó y dijo al ver al emperador y los cuatro que le acompañaban, las palabras de: «Esos señores pueden pasar, son paisanos;» pero con respecto á la persona que las pronunció sufrió una equivocacion. El que se acercó y las dijo, fué D. Miguel Lopez, como lo asienta en su manifiesto en que dice: «Ya al amanecer se presentó Maximiliano con otras perso-

Al llegar al cuartel de la escolta del emperador, éste le dijo á su oficial de órdenes D. Agustin Pradillo: «Seria conveniente que me trajesen mi caballo.» Para obsequiar el deseo del soberano, **1867.** D. Agustin Pradillo se separó de él, á fin
Mayo. de conducirle el corcel, y Maximiliano, seguido del coronel D. Felix de Salm Salm, de Castillo y de Blasio, llegó hasta el palacio departamental, donde se detuvo.

Entre tanto, el coronel republicano D. José Rincon Gallardo, despues de haber dejado asegurada la posicion de la Cruz, y guiado siempre por D. Miguel Lopez, se dirigió al centro de la plaza, al frente del batallon de *Nuevo Leon*. Como en el convento de San Francisco se hallaba el parque general de los imperialistas, y la posesion del punto era muy importante, marchó á apoderarse de él y de la torre. Pronto se hizo dueño de ambas cosas; pues viendo el jefe de division de artilleria D. Felix Becerra, que allí mandaba, que D. Miguel Lopez acompañaba á la fuerza, le dejó entrar sin desconfianza, siendo hecho prisionero en el acto con los soldados que tenia.

No habian transcurrido más que algunos momentos, cuando la escolta imperial y el escuadron de húsares austro-mejicanos pasaban por el mismo punto de San

nas de su séquito, á quienes rodearon varios soldados, y yo aseguré que eran particulares y no militares, logrando de este modo que no fuese aprehendido.» Que no fué D. Pedro Rincon, lo dice su hermano D. José Rincon, rectificando lo que asienta el señor Pradillo, asegurando que «su hermano ni estuvo allí, ni él (D. José) vió á Maximiliano.»

Francisco que acababa de caer en poder de los republicanos, para irse á incorporar con el emperador en el cerro de las Campanas. D. Miguel Lopez, que era su jefe directo, les mandó hacer alto y desmontar de sus caballos. Obedecida la orden sin desconfianza, hizo prisioneros al capitán Paulowski y á sus oficiales, así como á los de la escolta imperial, y mandó á los soldados que depusieran sus armas, que fueron recogidas inmediatamente por la tropa republicana. Igual cosa hizo con todos los destacamentos que encontró y que marchaban hácia el punto de reunion.

El emperador Maximiliano que, como he dicho, se habia detenido en el palacio departamental despues de haber enviado por su caballo al teniente coronel Don Agustin Pradillo, tenia á su lado ya algunos oficiales

1857. mas que se habian ido reuniendo, pero

Mayo

que ignoraban, como el mismo emperador, la manera con que habian penetrado los sitiadores en la ciudad. Poco se hizo esperar el teniente coronel Don Agustin Pradillo; pues desempeñando con actividad el encargo que se le habia hecho, llegó á los pocos instantes conduciendo el caballo del soberano.

Casi en el mismo momento se presentó D. Miguel Lopez montado en un excelente alazan. Se habia separado, con objeto de salvarle de las fuerzas republicanas con que el coronel D. José Rincon se dirigió á San Francisco despues de haber dejado asegurada la posesion del punto de la Cruz. El emperador que nada sospechaba del hombre á quien siempre habia favorecido, le preguntó: «¿Qué es lo que pasa, coronel Lopez?» Este, interesado en que se pusiera en salvo, le contestó: «Señor, todo está perdido;

vea Vuestra Majestad la tropa enemiga que viene muy cerca.»

Con efecto, una fuerza republicana desembocaba en ese instante en la plaza. Maximiliano abrigó la esperanza de que pudiera ser imperialista, perteneciente al batallon de Guardia Municipal; pero uno de los oficiales que estaba con el soberano y se adelantó á reconocerla, regresó diciendo que eran tropas liberales. Entonces se puso de nuevo en marcha el emperador con los que le acompañaban. Cuando estuvo cerca de la casa de la persona mas notable entonces de Querétaro, que era el señor Rubio, le dijo D. Miguel Lopez: «Vuestra Majestad podria entrar en esta casa ó en otra cualquiera, pues es el único medio para salvarse.» Maximiliano contestó que él no se ocultaba; y firme en su primera resolucion, se dirigió al cerro de las Campanas, á cuyo punto habia encargado se citase á Mejía y á varios jefes de su ejército.

D. Miguel Lopez, temeroso que Maximiliano fuese alcanzado por la fuerza republicana, manifestó al em-

1867. perador que iba á ver la manera con que

Mayo.

podia contener el avance de ella, y se alejó para reunirse á los que iban tomando posesion de todos los puntos de la plaza.

Cuando el emperador, continuando su marcha, llegó frente al Casino, encontró al capitán Jarero, y le ordenó que avisase inmediatamente al general D. Miguel Miramon que con la fuerza que pudiese reunir, se le incorporase en el cerro de las Campanas. Dada esta órden continuó su marcha hacia la mencionada posicion; pero sin querer montar á caballo, aunque le suplicaron que lo hiciera, porque su jefe de estado mayor

D. Severo del Castillo, así como el príncipe de Salm Salm, el teniente coronel D. Agustín Pradillo y los demás que le acompañaban iban á pié. Rasgo noble, que revela hasta qué grado llegaban las consideraciones que Maximiliano guardaba hacia sus adictos.

Durante aquel tiempo, el coronel republicano D. José Rincon, después de haber dejado la tropa necesaria en la torre y convento de San Francisco y de haber dictado algunas importantes disposiciones, se dirigió, sin pérdida de momento, al frente de una fuerza de infantería del batallón de Nuevo Leon, por la calle del Biombo, para ver si daba alcance al emperador y á su comitiva.

Maximiliano entre tanto marchaba hacia el cerro de las Campanas, resuelto á hacer allí una defensa heroica y abrirse paso ó perecer en la demanda. En su marcha, se incorporó á los adictos jefes que le acompañaban, el instruido abogado D. Ignacio Alvarez, hombre de ideas altamente conservadoras, que después ha escrito la apreciable obra intitulada «*Estudios sobre la historia general de Méjico*,» donde refiere con mucha exactitud los acontecimientos verificados en Querétaro.

Pocos momentos después de haberse incorporado el referido abogado D. Ignacio Alvarez á las personas que iban con el emperador, empezó un repique constante de campanas en las iglesias de la Cruz, Catedral, Santa Clara y otras de que se habían apoderado las

1867. tropas republicanas, anunciando que eran
Mayo. dueños de la ciudad.

Eran entonces como las cinco de la mañana; y varios

soldados imperialistas y oficiales, así como muchos vecinos de la ciudad que despertaron al ruido de las campanas, creyeron que el repique anunciaba la llegada del general don Leonardo Marquez con sus tropas.

El emperador entre tanto seguía su camino hácia el cerro de las Campanas. Cuando llegó, sólo encontró en él ciento cincuenta hombres de infantería de que disponer. Poco después llegó el general don Tomás Mejía con una corta fuerza de caballería. En seguida de él, y sucesivamente, fueron llegando los coroneles Segura, Campos y otros jefes y oficiales, unos solos, y otros con algunos pocos soldados que habían podido reunir.

El emperador esperaba con impaciencia la llegada del general don Miguel Miramón. A él únicamente aguardaba para acometer por una de las líneas de los sitiadores y abrirse paso. Su ansiedad era extrema. Cada vez que se veía á cierta distancia alguna corta fuerza de imperialistas que llegaba al cerro, le decía al teniente coronel don Agustín Pradillo: «Vea usted si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: sólo á él espero: no quiero serle inconsecuente.» En aquellos momentos llegó el regimiento de la «Emperatriz», llevando á su frente al coronel D. Pedro A. Gonzalez, jefe valiente y pundonoroso que se había desvelado en la instrucción y buen estado de aquel cuerpo, que era uno de los mejores del ejército imperialista. Maximiliano sintió indecible placer por la llegada del excelente regimiento, y preguntó á su bravo y modesto jefe por el general Don Miguel Miramón. Don Pedro Gonzalez le comunicó entonces una noticia que conmovió profundamente al emperador. La noticia fué que

Miramón había sido herido, y que se le operaba en aquellos momentos. Y con efecto era así. El joven general había salido muy temprano de su casa y se diri-

1867. Mayo ^{gió} hacia la Cruz muy ajeno de imaginar siquiera que la posición había sido ocupada

por fuerzas republicanas, cuando al pasar por la plaza de San Francisco encontró á un oficial de la escolta del emperador que se dirigía corriendo hacia el cerro de las Campanas. «Mi general,» dijo á Miramón deteniéndose un instante: «nos han vendido: la Cruz está en poder de los republicanos.» D. Miguel Miramón, tratando de acudir al sitio del peligro donde suponía al emperador rodeado de contrarios, sacó su pistola de seis tiros y se dirigió hacia la Cruz, seguido de sus ayudantes. No bien había andado algunos pasos, cuando se encontró con un destacamento republicano, cuyo oficial, adelantándose rápidamente, disparó sobre el general D. Miguel Miramón varios balazos con una pistola giratoria de ocho tiros que llevaba. Una de las balas fué á dar en el pecho del ayudante Ordoñez, que cayó muerto en el momento mismo. Miramón, aunque sorprendido con aquel inesperado encuentro que acababa de privar de la vida á uno de los ayudantes que más apreciaba, no perdió su serenidad, y haciendo frente á sus contrarios, apuntó al oficial. En aquel momento recibió un balazo en la mejilla derecha, cuyo agudo dolor hizo que su mano no dirigiese bien la puntería sobre el oficial republicano. Don Miguel Miramón disparó otros cuatro tiros; pero á pesar de ser un buen tirador de pistola, el dolor de la herida hizo que sus disparos no fuesen certeros. Viendo que la sangre corría en abundancia de

su mejilla, sacó un pañuelo y trató de contenerla. Entonces disparando el último tiro, emprendió la retirada, sin que el destacamento marchase en su seguimiento, temeroso de que hubiese fuerzas imperialistas á corta distancia. D. Miguel Miramón, con el fin de que se le detuviese la sangre recibiendo la primera curación en el instante, para marchar enseguida á reunir los soldados que pudiera y batirse, entró en la casa del médico D. José Licea.

Maximiliano sintió en extremo la desgracia acontecida á su bravo y joven general. Todo lo que pasaba á su alrededor le parecía un sueño horrible.

1867. Mayo. Había comprendido desde los primeros momentos que la plaza había sido entregada por un des-

leal á la causa del imperio; pero ni remotamente se imaginó que fuese el autor de aquel hecho el coronel D. Miguel López. Hasta el momento de llegar al cerro de las Campanas sus sospechas habían caído sobre un jefe, cuyo nombre había apuntado en su cartera desde el día 3 de Mayo; pero al escuchar lo que cada uno de sus oficiales que sucesivamente llegaban al cerro de las Campanas contaba de lo que había presenciado respecto de D. Miguel López, su opinión, como la de todos, señaló á éste como al hombre que había dado entrada á los sitiadores. La situación del emperador y de los que habían logrado reunirse á él, era cada vez más crítica. Toda la fuerza reunida en el cerro de las Campanas, sólo ascendía á ochocientos hombres.

El general republicano D. Ramón Corona, á quien el general en jefe D. Mariano Escobedo había comunicado á las cuatro de la mañana, por medio de un ayu-